

TEXTO 1

El almohadón de plumas (acortado y adaptado), de Horacio Quiroga.

Su luna de miel fue un largo escalofrío. Rubia, angelical y tímida, el carácter duro de su marido heló sus soñadas niñerías de novia. Ella lo quería mucho. Él, por su parte, la amaba profundamente, sin darlo a conocer.

Durante tres meses -se habían casado en abril- vivieron una dicha especial. La casa en que vivían influía un poco en sus estremecimientos. La blancura del patio silencioso -frisos, columnas y estatuas de mármol- producía una otoñal impresión de palacio encantado.

No es raro que adelgazara. Tuvo un ligero ataque de gripe que se arrastró insidiosamente días y días; Alicia no se reponía nunca. Al fin una tarde pudo salir al jardín apoyada en el brazo de él. Miraba indiferente a uno y otro lado. De pronto Jordán, con honda ternura, le pasó la mano por la cabeza, y Alicia rompió en seguida en sollozos, echándole los brazos al cuello. Lloró largamente todo su espanto callado, redoblando el llanto a la menor tentativa de caricia. Luego los sollozos fueron retardándose, y aún quedó largo rato escondida en su cuello, sin moverse ni decir una palabra.

Fue ese el último día que Alicia estuvo levantada. Al día siguiente amaneció desvanecida. El médico de Jordán la examinó con suma atención, ordenándole calma y descanso absolutos.

-No sé -le dijo a Jordán en la puerta de calle, con la voz todavía baja-. Tiene una gran debilidad que no me explico, y sin vómitos, nada... Si mañana se despierta como hoy, llámeme enseguida.

Al otro día Alicia seguía peor. Hubo consulta. Se constató una anemia de marcha agudísima, completamente inexplicable. Alicia no tuvo más desmayos, pero se iba visiblemente a la muerte. Pronto Alicia comenzó a tener alucinaciones. La joven, con los ojos desmesuradamente abiertos, no hacía sino mirar la alfombra a uno y otro lado del respaldo de la cama.

Alicia fue extinguiéndose en su delirio de anemia, agravado de tarde, pero que remitía siempre en las primeras horas. Durante el día no avanzaba su enfermedad, pero cada mañana amanecía lívida.

Perdió luego el conocimiento. Alicia murió, por fin. La sirvienta, que entró después a deshacer la cama, sola ya, miró un rato extrañada el almohadón.

-¡Señor! -llamó a Jordán en voz baja-. En el almohadón hay manchas que parecen de sangre.

Jordán se acercó rápidamente Y se dobló a su vez. Efectivamente, sobre la funda, a ambos lados del hueco que había dejado la cabeza de Alicia, se veían manchitas oscuras.

-Parecen picaduras -murmuró la sirvienta después de un rato de inmóvil observación.

-Levántelo a la luz -le dijo Jordán.

La sirvienta lo levantó, pero enseguida lo dejó caer, y se quedó mirando a aquél, lívida y temblando. Sin saber por qué, Jordán sintió que los cabellos se le erizaban.

-¿Qué hay? -murmuró con la voz ronca.

-Pesa mucho -articuló la sirvienta, sin dejar de temblar.

Jordán lo levantó; pesaba extraordinariamente. Salieron con él, y sobre la mesa del comedor Jordán cortó funda y envoltura de un tajo. Las plumas superiores volaron, y la sirvienta dio un grito de horror con toda la boca abierta, llevándose las manos crispadas a la cabeza. Sobre el fondo, entre las plumas, moviendo lentamente las patas velludas, había un animal monstruoso, una bola viviente y viscosa. Estaba tan hinchado que apenas se le pronunciaba la boca.

Noche a noche, desde que Alicia había caído en cama, había aplicado sigilosamente su boca -su trompa, mejor dicho- a las sienas de aquella, chupándole la sangre. La picadura era casi imperceptible. La remoción diaria del almohadón había impedido sin duda su desarrollo, pero desde que la joven no pudo moverse, la succión fue vertiginosa. En cinco días, en cinco noches, había vaciado a Alicia.

Estos parásitos de las aves, diminutos en el medio habitual, llegan a adquirir en ciertas condiciones

proporciones enormes. La sangre humana parece serles particularmente favorable, y no es raro hallarlos en los almohadones de pluma.

TEXTO 2

DÉFICIT DE ALUMNOS EXCELENTES

Solo el 2% de los estudiantes andaluces examinados en PISA logra la puntuación máxima en lectura. ● El 26% de los chicos está en los niveles más bajos.

M. PANELLES / M. J. ALBERT
Sevilla / Córdoba

Al margen de las clasificaciones, el informe PISA, que la OCDE ha presentado esta semana, muestra las carencias de los sistemas educativos que se someten a este examen internacional. Aunque se han registrado avances en lectura, PISA ha vuelto a situar a Andalucía en el grupo de cola de las 17 autonomías que han decidido someterse a la evaluación en esta ocasión.

En este grupo de regiones –en el que también están Baleares, Canarias y las ciudades autónomas de Ceuta y Melilla– los problemas se parecen mucho. Los resultados de la prueba muestran un déficit de alumnos excelentes y un superávit de malos estudiantes. En el caso de la comprensión lectora –la competencia que se ha evaluado más pormenorizadamente en esta edición de PISA– solo el 2% de los chicos andaluces examinados logran las puntuaciones más altas, cuando el promedio de la OCDE está en el 8%.

Si se compara Andalucía con las comunidades con mejores resultados la diferencia también es elocuente. En Madrid, Castilla y León y La Rioja los chicos con rendimientos más altos representan el 6% de los examinados [...]

El problema está arriba, pero también abajo. De media, el 20% de los chicos de 15 años evaluados en toda España están en los rendimientos más bajos en lectura. Ese porcentaje crece hasta el 26% en Andalucía, 13 puntos más que en comunidades como Madrid o Cataluña, que están a la cabeza de las comunidades examinadas en España.

[...] el 36% de los alumnos españoles que participaron en el estudio eran repetidores. Y sus resultados son bastante más bajos que los chicos de 15 años que están en el curso que les corresponde por su edad. En el caso de Andalucía, este problema se acentúa y el porcentaje llega hasta el 43%, es decir, casi la mitad de los estudiantes examinados había repetido una o dos veces. [...]

El País, del 12 de Diciembre de 2010, Edición Andalucía.

TEXTO 3

El extranjero

(Adaptado)

Albert Camus

Primera parte

I

Hoy ha muerto mamá. O quizá ayer. No lo sé. Recibí un telegrama del asilo: «Falleció su madre. Entierro mañana. Sentidas condolencias.» Pero no quiere decir nada. Quizá haya sido ayer.

El asilo de ancianos está en Marengo, a ochenta kilómetros de Argel. Tomaré el autobús a las dos y llegaré por la tarde. De esa manera podré velarla, y regresaré mañana por la noche. Pedí dos días de licencia a mi patrón y no pudo negármelos ante una excusa semejante. Pero no parecía satisfecho. Llegué a decirle: «No es culpa mía.» No me respondió. Pensé entonces que no debía haberle dicho esto. Al fin y al cabo, no tenía por qué excusarme. Más bien le correspondía a él presentarme las condolencias. Pero lo hará sin duda pasado mañana, cuando me vea de luto. Por ahora, es un poco como si mamá no estuviera muerta. Después del entierro, por el contrario, será un asunto archivado y todo habrá adquirido aspecto más oficial.

Tomé el autobús a las dos. Hacía mucho calor. Comí en el restaurante de Celeste como de costumbre. Todos se condolieron mucho de mí, y Celeste me dijo: «Madre hay una sola.» Cuando **partí**, me acompañaron hasta la puerta. Me sentía un poco aturdido pues fue necesario que subiera hasta la habitación de Manuel para pedirle prestados una corbata negra y un brazal. El perdió a su tío hace unos meses.

Corrí para alcanzar el autobús. Me sentí adormecido sin duda por la prisa y la **carrera**, añadidas a los barquinazos, al olor a gasolina y a la reverberación del camino y del cielo. Dormí casi todo el trayecto. Y cuando desperté, estaba apoyado contra un militar que me sonrió y me preguntó si venía de lejos. Dije «sí» para no tener que hablar más.

El asilo está a dos kilómetros del pueblo. Hice el camino a pie. Quise ver a mamá en seguida. Pero el **portero** me dijo que era necesario ver antes al director. Como estaba ocupado, esperé un poco. Mientras tanto, el portero me estuvo hablando, y en seguida vi al director. Me recibió en su despacho. Era un viejecito condecorado con la Legión de Honor. Me miró con sus ojos claros. Después me estrechó la mano y la retuvo tanto tiempo que yo no sabía cómo retirarla. Consultó un papel y me dijo: «La señora de Meursault entró aquí hace tres años. Usted era su único sostén.» Creí que me reprochaba alguna cosa y empecé a darle explicaciones. Pero me interrumpió: «No tiene usted por qué justificarse, hijo mío. He leído el testamento de su madre. Usted no podía atender a sus necesidades. Ella necesitaba una enfermera. Su salario es modesto. Y, al fin de

cuentas, era más feliz aquí.» Dije: «Sí, señor director.» El agregó: «Sabe usted, aquí tenía amigos, personas de su edad. Podía compartir recuerdos de otros tiempos. Usted es joven y ella debía de aburrirse con usted.»

Era verdad. Cuando mamá estaba en casa pasaba el tiempo en silencio, siguiéndome con la mirada. Durante los primeros días que estuvo en el asilo lloraba a menudo. Pero era por la fuerza de la costumbre. Al cabo de unos meses habría llorado si se la hubiera retirado del asilo. Siempre por la fuerza de la costumbre. Un poco por eso en el último año casi no fui a verla. Y también porque me quitaba el domingo, sin contar el esfuerzo de ir hasta el autobús, tomar los billetes y hacer dos horas de camino.

El director me habló aún. Pero casi no le escuchaba. Luego me dijo: «Supongo que usted quiere ver a su madre.» Me levanté sin decir nada, y salí delante de mí. En la escalera me explicó: «La hemos llevado a nuestro pequeño depósito. Para no impresionar a los otros. Cada vez que un pensionista muere, los otros se sienten nerviosos durante dos o tres días. Y dificulta el servicio.» Atravesamos un patio en donde había muchos ancianos, charlando en pequeños grupos. Callaban cuando pasábamos. Y reanudaban las conversaciones detrás de nosotros. Se hubiera dicho un sordo parloteo de cotorras. En la puerta de un pequeño edificio el director me abandonó: «Le dejo a usted, señor Meursault. Estoy a su disposición en mi despacho. En principio, el entierro está fijado para las diez de la mañana. Hemos pensado que así podría usted velar a la difunta. Una última palabra: según parece, su madre expresó a menudo a sus compañeros el deseo de ser enterrada religiosamente. He tomado a mi cargo hacer lo necesario. Pero quería informar a usted.» Le di las gracias. Mamá, sin ser atea, jamás había pensado en la religión mientras vivió.

TEXTO 4

Venid a ver la sangre por las calles,

venid a ver

la sangre por las calles,

venid a ver la sangre

por las calles!

Pablo Neruda

EJERCICIOS UNIDAD DE AULA Nº 1

(Textos 1-4)

1. Tema.
2. Resumen.
3. Análisis morfológico de las palabras subrayadas: descomposición en monemas y descripción gramatical.
4. Definición de las palabras subrayadas (con uso del diccionario).

Ejemplos en Texto 1.

TEMA: El animal en el almohadón succiona la vida a Alicia. / La muerte de Alicia por acción de un parásito escondido.

RESUMEN: La energía vital de Alicia se va extinguiendo sin que los médicos sepan por qué ni su marido Jordán pueda hacer nada por evitarlo. La enfermedad desconocida la lleva a la cama, y la cama la lleva a la muerte. Fallecida, la criada encuentra extraño el almohadón y Jordán halla en él un enorme parásito causante del deceso de su esposa.

DESCOMPOSICIÓN EN MONEMAS:

largo:

larg-: LEXEMA

-o: MORFEMA FLEXIVO DE GÉNERO MASCULINO

niñerías:

niñ-: LEXEMA

-ería-: MORFEMA DERIVATIVO SUFIJO (transforma el sustantivo concreto niño en el abstracto niñería, dándose un cambio de significado).

-s: MORFEMA FLEXIVO DE NÚMERO PLURAL.